

“Tengan en hora buena esas regiones  
Pábulo en su quimérica esperanza,  
Y abriguen tan risueñas ilusiones.  
Grande es de nuestro imperio la pujanza  
Para ver con desdén esas ficciones;  
Quizá la realidad sin gran tardanza  
Venga á nosotros á traer desnuda  
Sin afeites ni embozos á la duda.”

Aquí el tartáreo demagogo altivo  
De repente calló como en acecho  
De un alto pensamiento fugitivo,  
De un rayo luminoso que derecho  
Bajara á su cerebro pensativo;  
Y luego “¡Sí, muy bien, todo está hecho!  
¡Qué buen stratagema! nuevamente  
Prosiguió cual frenético ó demente.

“Ocúrreme un ardid, una emboscada  
Con que podremos sorprender al punto  
Al autor de lisonja tan soñada;  
A tal fin he exprimido todo junto  
El jugo de mi mente torturada.  
Atentos escuchadme: yo barrunto  
Que si ese grande enviado no es un mito,  
Ya se halla entre el linaje del proscrito.

“Mis razones oíd. Como os decía,  
Ese país donde aquel pueblo mora,  
Que en ser de Abraham progenie se gloria,  
Abierto es para mí; pues nadie ignora  
Que yo siempre en él tuve gran valía;  
Guardaos pues lo que os descubro ahora.  
Entré una vez, cual guiado por instinto,  
De su gran sinagoga en el recinto.

“De faz rugosa y barba venerable  
Los sitiales por orden ocupaba  
Un augusto consejo respetable.  
Un gran libro en el centro destacaba  
En que grave varón, con insaciable  
Avidez ciertos signos descifraba,  
Y parecía después en conferencia  
Entrar con la cejuda concurrencia.

“Al sordo cuchicheo yo puse mientes,  
Y escuché entonces por la vez primera  
Discutirse con frases elocuentes  
Ese libertador que el orbe espera;  
Y citándose oráculos recientes,  
Aun el tiempo fijarse en que debiera  
Dejar los altos reinos celestiales  
A socorrer los míseros mortales



“De un Jacoby un Daniel, como invencibles  
Atletas de esos pueblos venturosos,  
Cmpeaban los oráculos *temibles*,  
Encerrando esos tiempos misteriosos  
Entre diques, por cierto perceptibles.  
Según esos oráculos pomposos,  
El llamado Mesías habrá venido  
Cuando Judá su cetro haya perdido.

“Y setenta semanas se han fijado  
Que de años formarán sus eslabones,  
Y correrán desde el edicto dado  
De que Sión levantará sus torreones,  
Para que venga en pos el Anunciado  
Por quien pueblos suspiran y naciones:  
Aqueste enigma descifrar debemos,  
Los hilos de esta hurdimbre ya tenemos.

“Ciertos signos también, ciertas señales  
Sobre la faz del globo, anunciarán  
Al héroe de las cumbres siderales,  
Según lo que otros vates predecían . . . .  
¡No hay tiempo que perder! asuntos tales  
Del azar al capricho no se fían.  
Creédmelo: si todo es vano figmento,  
Rodará la impostura en un momento.

“Descorramos el velo de ese arcano:  
Sabed que el cetro de Judá rompióse,  
Y hora lo empuña una extranjera mano;  
(¡Cayó el grande árbol de la edad al roce!)  
Y si un cálculo mío no sale vano,  
Ya el tiempo prefijado deslizóse;  
Y esa cadena de años ya completa  
Sus anillos, tal vez: he aquí la meta.

“Por tanto, en esta pública asamblea  
A proponer me atrevo, si os parece,  
Que algún explorador mandado sea  
Para observar si acaso el orbe ofrece  
Huella alguna ó señal en que se vea  
Que allí algo raro, insólito acontece;  
Y así podremos acechar atentos,  
Y estudiar los hostiles movimientos.

“Enemigo al nacer, es un pigmeo;  
Mas una vez que empieza á levantarse,  
Y va extendiendo un brazo giganteo,  
Y ya intenta de nubes coronarse;  
¿Quién irá á provocar ese Briareo?  
Nuestro jefe con él irá á afrontarse:  
Pero antes que la chispa se haga rayo,  
Hiérase al enemigo de soslayo.”



Una mirada viva y altanera  
El orador grandilocuo paseaba  
Por todo aquel salón, como en espera  
De triunfales aplausos. Dominaba  
Un fúnebre silencio: se creyera  
Que ese pueblo, del rayo se acordaba,  
Y su triunfo maldijo: pero luego  
Satán alzóse respirando fuego:

“La sesión, exclamó, ya se levante;  
Tú quedas desde ahora constituido,  
Noble orador, para marchar delante,  
Y descubrir el nuevo plan urdido,  
Siguiendo toda huella; ve al instante;  
Sube al globo terrestre, y pon oído:  
Nada te turbe, aunque el empíreo rueda;  
Véase otra vez lo que mi brazo puede.”

Triunfó de su rival el buitre astuto,  
Y dueño de la presa codiciada,  
Rindió á Luzbel de adulación tributo;  
Y cual parte la flecha disparada,  
Así el imperio del eterno luto  
Él dejaba en su marcha arrebatada;  
Y agitando sus alas de vampiro,  
Batía las sombras en revuelto giro.

Como lucha en el piélago espumoso  
El náufrago perdido, así incansable  
Bregaba el monstruo alado sin reposo  
Por romper esa bruma impenetrable;  
Que, cual dragón elástico, anuloso,  
Lo envolvía por doquier inextricable;  
Y nunca con sus alas y sus brazos  
Del caos rompiera los eternos lazos:

Si en su marcha afanosa no encontrara  
El hueco de la inmensa cortadura  
Que del Orco las cúspides rasgara,  
Cuando toda cimbróse la natura.  
Entonces, sin que nada le estorbara,  
Rompió animoso por la gran ruptura,  
Y hallóse en una playa solitaria,  
Triste como la urna cineraria.

La atónita mirada giró en torno  
A través de ese páramo desierto,  
Y en su imponente, lúgubre contorno,  
Reconoció las playas del *Mar Muerto*,  
Donde otro tiempo, como en un grandehorno,  
En las entrañas del abismo abierto,  
Ardieron las impúdicas ciudades,  
Terror y execración de las edades.



El Astro moribundo ya mandaba  
Su triste adiós á toda la natura,  
Y su última sonrisa le dejaba  
Palpitante en los haces de luz pura  
Con que las altas cumbres sonrosaba,  
Mezclando ese matiz de viola obscura  
Que en las altas montañas se combina  
De la amena, fecunda Palestina.

Los montes Abarim sus caprichosas  
Siluetas proyectaban arrogantes  
Sobre el haz de esas linfas perezosas,  
Al reciente cadáver semejantes,  
Cuyas tristes pupilas misteriosas  
Reflejan los fulgores oscilantes  
De los cirios que en torno centellean,  
Y con sordo rumor chisporrotean:

Cuando ya Belfegor cauto medía  
Toda aquella región, husmeando atento  
Qué signo extraordinario ella exhibía  
En un negocio de tan gran momento:  
Todo cual siempre, en inacción yacía,  
Y ni aun sus alas agitaba el viento;  
Nada turbaba el funeral letargo  
Sobre las playas de ese estanque amargo,

Donde soplan jamás auras vitales,  
Donde el ave jamás su vuelo tiende,  
Ni abriga el suelo gérmenes vitales,  
Ni algún arbusto su ramaje extiende  
En que jueguen las brisas otoñales,  
Ni algún pez bullidor las aguas hiende;  
Allí el concierto de los astros calla,  
Pasa errante la luna y se desmaya.

Solo el horror, la fetidez, el llanto,  
El luto de la tumba allí domina,  
Todo envolviendo con su denso manto;  
Allí el mortal horripilado inclina  
Su frente ante ese erial, lleno de espanto,  
Y algo enorme terrífico adivina:  
¡Ira de Dios! ¡Ejemplo sin segundo!  
¡Carne maldita! ¡Se estremezca el mundo

Siguió el tartáreo explorador delante  
Solícito rastreando su gran presa;  
Y antes que se hunda el sol agonizante,  
Madurar quiere su tenaz empresa.  
Avanza pensativo y vacilante  
Hacia el desierto de Judá, que empieza!  
A dilatarse, sobre un risco asciende,  
Y su mirada en derredor extiende.



Súbite el pasmo se pintó en sus ojos  
Que sombreó el entrecejo; aquel conjunto  
Terror causó y le llenó de enojos;  
Y aunque mira lograrse el grave asunto,  
Mira también perdidos los despojos  
Del Orco y su dominio todo junto:  
¡Aquel bronco desierto respiraba,  
Y su seno turgente palpitaba!

No como antes abruptos peñascales,  
O ramblas y montículos de arena,  
Ni abrojos ó silvestres matorrales  
Cubrían esa región; fértil, amena,  
Imitando sonrisas celestiales,  
Aparecía de mil encantos llena:  
En un fúlgido Edén se vió trocado  
El antiguo desierto aletargado.

Una flora lozana, prodigiosa  
Formaba allí riquísimos tapices,  
Y con pródiga mano artificiosa  
Mil tintas combinaba, y mil matices;  
De Acor el fértil valle, la espaciosa  
Llanura de Sarón, y las felices  
Regiones de la Armenia envidiarían  
Las galas sin igual que allí lucían.

Los frescos tulipanes coronaban  
Las negras peñas, de verdor ceñidas,  
Los narcisos y anémonas poblaban  
Los barrancos y quiebras más hundidas,  
Polígonas y rubias alternaban  
Con los lirios y rosas encendidas,  
Y entre rojos jacintos y astromelias  
Erguíanse con donaire las camelias.

Los flancos de las rocas pasó abrían  
A copiosos, parleros manantiales  
Que entre espumas blanquísimas corrían,  
Salpicando de perlas orientales  
Las flores que en sus márgenes crecían,  
Para después formar con sus cristales  
Esos limpios remansos en que el cielo  
En un beso se funde con el suelo.

De su estupor un tanto recobrose  
El cornudo satélite, aguerrido  
En su espionaje audaz; mas internose  
En el vasto desierto conocido,  
Y otra vez su entrecejo replegose:  
A cada paso se encontraba hundido  
En nueva admiración, nueva sorpresa,  
Y el vértigo estrujaba su cabeza.



Los más gratos perfumes embriagaban  
Aquella aura serena y transparente,  
Miel hiblea los peñascos trasudaban,  
Y el bálsamo y la mirra redolente  
Los floridos arbustos destilaban,  
Y mil aves trinaban dulcemente,  
Allí, donde antes los hinchados vientos  
Sabían tan sólo murmurar lamentos.

Y entonces más el infernal legado  
Salió de seso al ver que la natura  
Ya había sus mismas leyes traspasado,  
Olvidando su ingénita cordura:  
Pues vió pacer en el mullido prado  
Al rey terrible de la selva obscura  
Con el gamo fugaz y el cervatillo,  
Y al lobo con el tierno corderillo.

¿Estaba el grande enigma descubierto,  
El terrible secreto, el hondo arcano  
Que tenía al Orco, vacilante, incierto?  
Con la verdad aún pugnaba en vano  
Belfegor, en astucias muy experto;  
Dos y tres veces con velluda mano  
Los párpados bovinos restregose,  
Y otras tantas su juicio confirmose.

Entonces de los ángulos sombríos  
De su cerebro pululó una idea  
Que más y más entorpeció sus bríos.  
Recordó lo que un tiempo en la asamblea  
El oyó discutir á los Judíos  
Sobre ese rey que tanto se desea,  
Y que de los palacios diamantinos  
Bajaría entre prodigios peregrinos.

Y en su mente sonó la profecía  
De aquel sublime cadencioso Vate  
Que esos grandiosos signos predecía:  
Creyó escuchar el grito del combate  
Belfegor, y al Eterno maldecía  
Que al hombre preparaba el gran rescate,  
Y sintió que la rabia y el despecho,  
En tropel, se agolpaban en su pecho.

Y ya las negras horas despertaban  
De los barrancos húmidos brotando,  
Y, cual aves informes, avanzaban  
Sobre las altas cumbres aleteando,  
Las ráfagas postreras espiraban  
Entre los plieges de las sombras: cuando,  
Semejante al corcel que en su carrera,  
El rugido escuchó de la pantera;



El vestiglo de Averno, confundido,  
Baja la mustia frente, retirese  
De los verjeles de ese Edén florido,  
Y á la orilla, de nuevo, encaminóse  
Del Asfáltico Lago ennegrecido,  
Y en un cóncavo escollo acurrucese  
A mitigar su corrosiva pena.  
Con una triste aterradora escena

Estas lúgubres playas, de espantosa  
Catástofe gran teatro, (según fama,) *de Q*  
Cuando la húmida noche tenebrosa  
En reedor sus crespones desparrama,  
Suelen reproducir esa espantosa *de Q*  
Tragedia de terror que siempre clama  
Cuánto odia el Sumo Bien, cuánto abomina  
Al que se arroja á la carnal sentina.

Sordo ruido, primero, empieza á oirse  
Cual trueno de lejanas tempestades;  
Parece aquel desierto sacudirse,  
Despertar esas mudas soledades,  
Y el genio del terror, rígido, erguirse  
Amenazando á todas las edades,  
Y poblarse del aire las regiones  
De negras y fantásticas visiones.

Se miran desgajarse de repente  
Los senos del abismo, que preñado  
De azufre, asfalto y de betún ardiente,  
Sus entrañas, furioso, ha revesado  
Cual roja lava de volcán ardiente;  
El torbellino ruje desatado,  
Y las lenguas de fuego se revuelven,  
Todo arrastran, lo arrollan y lo envuelven.

Ya con hórrido estruendo se derrumban  
De inmensos edificios las techumbres  
Entre las llamas que terribles zumban,  
Al desplomarse las etéreas cumbres;  
Se chocan, se atropellan y se tumban  
En confuso tropel las muchedumbres  
Convulsas y frenéticas, huyendo  
Del torbellino que las va envolviendo.

Llantos, gritos, plegarias, alaridos,  
Blasfemias sin cesar é imprecaciones  
Se mezclan al fragor y los silbidos  
De los ígneos, rugientes aluviones;  
Los palacios y templos, confundidos,  
Quedan de tristes ruinas en montones,  
Y el abismo otra vez parece abrirse,  
Y campos y jardines engullirse.



Vuelve después de tan enorme estrago  
A recobrar sus formas sepulcrales  
El siempre triste gemebundo lago,  
Envuelto de la noche en los cendales;  
Y entonces una voz en son de amago,  
Como el eco de gritos criminales,  
Se cierne en derredor repercutiendo,  
Y un eterno *jamás* va repitiendo.

Helándose de espanto la natura  
Esa tragedia entonces contemplaba:  
Sólo el Vencejo de la Estige oscura,  
Que humana sangre bebe, se recreaba  
En aquel cuadro de sin par tristura,  
Y una risa sardónica triscaba  
Entre los pliegues de su faz sombría,  
Que con mueca feroz se retorció.

Semejaba, en su aspecto, parda hiena  
Que á un retozón cabrito ha devorado,  
Y aún hambrienta, siéntase en la arena  
A relamer la sangre que ha bañado  
Hasta la hirsuta crin de su melena.  
El hubo en esas tierras dominado;  
De esa región en la funesta historia  
El reconoce su más noble gloria.

Cuando allí las impúdicas ciudades  
Erguían aún sus criminales frentes,  
Entre el tufo y hedor de sus maldades;  
A Belfegor inciensos pestilentes  
Quemábanse de mil lubricidades,  
Causa de tantas víctimas dolientes:  
Por eso en la región del exterminio  
El ha sentado su feroz dominio.

Quiso, por fin, el infernal legado  
Su misión acotar con fin glorioso,  
Juzgando que por él representando  
Estaba el negro imperio poderoso:  
Creyó un deber mostrarse denodado,  
Y desafiar al jefe belicoso  
Que ya, tal vez, sentado había sus reales  
En la patria do gimen los mortales.

Batió sus alas, dominó la altura,  
Y la cumbre del Fasga, en un momento  
Hizo gemir su colosal figura,  
Y en ademán altivo y arrogante,  
Como ostentando su marcial bravura,  
Alzó la vista al cielo centelleante,  
Y á nombre del tirano del Averno,  
Con un grito feroz, retó el Eterno.



Como rueda un peñasco desprendido  
De alpestre cima, enormes tumbos dando,  
Y en su choque, con hórrido crugido,  
Los robles y altos pinos va arrollando:  
Así de Belfegor el gran mugido  
Iba de cumbre en cumbre rebotando,  
Y al despertar los ecos en distancias,  
Causaban temerosas resonancias.

Aquel reto era el grito de pelea,  
De ese nuevo combate extraordinario  
Que Belial propusiera en la asamblea  
Para frustrar el plan del adversario  
Que por salvar al hombre forcejea,  
Del dolor miserable tributario;  
Y la idea de perder tan gran tributo,  
Al Orco henchía de incomparable luto.

Quiso seguir el réprobo adelante,  
Y llevar hasta el colmo su osadía,  
Y al reino obscuro regresar triunfante:  
De allí no lejos el zenit se erguía  
Del Nebo la alta cumbre dominante  
Do el gran Legislador en otro día  
Contemplara la Tierra de ventura,  
Y un angel le excavó la sepultura.

Acuérdase el prescito, y, sin tardanza,  
Vuela hacia la montaña solitaria  
Con ánimo de urdir báquica danza  
Sobre la augusta tierra hospitalaria  
Que al héroe insigne de la antigua alianza  
Tributóle su ofrenda funeraria,  
Y allí cebar su rabia comprimida,  
Profanando esa tumba bendecida.

Mas ya el Eterno había determinado  
Confundir del blasfemo la osadía,  
Y al Erebo dejar amedrentado:  
Pues mientras Belfegor en su porfía,  
Como á la liebre en el abierto prado  
Va husmeando la agilísima jauría,  
Persigue entre las rocas y zarzales  
De aquella humilde huesa las señales:

Envuelta en una blanca vestidura,  
Con chispeante terrífica mirada,  
Y ceñida su frente de luz pura;  
Irguióse de improviso la sagrada  
Sombra del grande Vate; en su figura  
La indignación mostrábase marcada,  
Y los brazos abiertos extendía  
Como Israel, triunfando le veía.



Ante aquel signo, atónito arredrose  
El monstruo á extraña causa obedeciendo;  
Abrió sus fauces, y un rugido ahogose,  
Y, súbito, sin bríos, retrocediendo  
Por los abruptos riscos, despeñóse  
A Satán y á sí mismo maldiciendo.  
¡Signo de redención, emblema augusto!  
¡Vida del hombre, y del Averno susto!



*Fin del Canto Tercero*

